

excluidos los artesanos y los campesinos. En una sociedad fuertemente jerarquizada como la feudal, basada en la nobleza de sangre y en el valor guerrero, los trovadores eran generalmente admitidos en calidad de arrobados poetas, parásitos de una dama encumbrada.

Tanto las guerras de conquistas como los ocios privilegiados del trovador le fueron negados a este trabajador, intelectual infatigable. A modo de compensación, exhumó con rimada ironía sus blasones de hidalgo («Antiguamente decían / a los Lugones Lunones, / por venir estos varones / del Gran Castillo, y traían / de luna los sus blasones»); privado de una corte de damas esclarecidas y caballeros galantes, prodigó su genio verbal en brindis circunstanciales para celebrar el premio literario o el viaje a Europa de algún amigo.

La imaginación tiene sus derechos, pero una cosa es añorar una determinada época histórica y otra, como ocurre en Lugones, hacer de esa añoranza la justificación de sus prejuicios y de sus ideas retrógradas. En su obra, las palabras «aristocracia», «señorío», «honor», «pureza», «raza», suelen ser vaciedades semánticas, pero también revelan mala fe. En un artículo sobre *Gracia plena*, al elogiar «el noble acento franciscano» de los versos de José Pedroni, no puede menos de recordarnos que para Mussolini, «en quien vive la esperanza inmortal de Roma», San Francisco, santidad aparte, fue «un héroe nacional», un «representante superior» de la «raza itálica».

No menos tendencioso es el artificio de incorporar a su poesía erótica los ideales del amor cortés, reemplazando la dama por la doncella como objeto de esos requiebros galantes y de esa pureza heroica que hacían del amor en el pasado, según Lugones, «un estado angelical», antes que «la barbarie y la plebe» lo degradara a mera «sumisión de los sentidos».

Pero la renuncia a la satisfacción sensual otorga a la poesía de los trovadores una especie de regocijo, ausente en los versos de amor de Lugones. Es que la dama sólo en teoría es inalcanzable para el trovador. La mujer casada, y no la doncella, le inspiran esa actitud de adoración y vasallaje propia del amor cortés.

EL SIGNO PROHIBIDO

La exigencia de pureza en el amor y la tiranía erótica que ejercen las muchachas núbiles, aunque justificadas por la conciencia estética de Lugones, mantienen en su poesía un fondo angustiante de irracionalidad. Si la servidumbre animal a la especie hacen del amor algo vulgar y plebeyo, la transgresión, en vez de redimirlo, lo torna impuro y delictivo. Porque el signo Luna-Doncella es prohibido, el

poeta deberá frenar el impulso que lo predispone al desborde, a la violencia. La represión erótica transmite al signo un contenido lúgubre que encarna en el símbolo Luna-Mujer-Muerte: «Entonces, la adorada, cuya frente / La timidez pueril vela en sonrojos, / Los puros ojos alza y, dulcemente, / "Aún te falta morir", dicen sus ojos.»

Lugones disfraza el signo represor y mortuorio con imágenes decorativas, lo encierra en rimas frenéticas, en metros quebrados, o lo convierte, con argumentos dictados por su inteligencia, en un ideal espiritual de pureza que, llegado el caso, sería lícito imponer por la fuerza. En ese sentido, la caballería galante recuerda la Orden de los Caballeros Teutónicos, resucitada para justificar el militarismo y el fanatismo racial germánicos.

Si toda retórica supone una ética y no siempre lo racional predomina en el universo verbal de un poeta, ello explicaría esa falta de emoción que en un principio señalamos en la poesía de Lugones. El signo irracional y las ideas retrógradas se complementan y subordinan el placer a la represión, la vida a la muerte. De ahí que sus poemas eróticos carezcan no sólo de emoción, sino de ternura, de delirio sensual: lo ornamental del lenguaje acusa la postergación de la descarga erótica. Y como si fuera poco, la insidiosa, reiterada, propuesta del poeta a sacrificar el presente a la incorpórea plenitud de lo póstumo.

PRIMACIA DEL INCONSCIENTE

En algunos poemas de *Gotas de oro* y de *La copa de jade*, que corresponden a la madurez de Lugones, reaparece aquella distorsión, ya señalada, del mito de la Triple Diosa Luna en su aspecto exclusivamente fúnebre.

El atractivo erótico lo posee, como siempre, la diosa doncella, «La delgada luna, / de plata pulida», que con su palidez espectral transmite el signo mortuorio a la segunda manifestación de la diosa: «Gota de la muerte, / lánguida y serena; / gota de la copa, / de la luna llena.» El mismo signo domina la última fase de la tríada, representada por la diosa decrepita del otoño, Atropos, la tercera de las Parcas, que en el poema «Alianzas» es la luna negra del «Perfecto amor». Podrá advertirse que la muerte, anhelada por el poeta, se halla presente en cada una de las fases lunares.

¿Es verdad que en la poesía de Lugones—como escribe Borges en un ensayo—casi no hay conciencia del mito de la luna? Si así fuera, esta falta de conciencia nos permite comprender la poderosa gravitación que tuvo ese mito en su imaginación y en su erotismo.

Menos apasionado y con mayor sentido estético que Lugones, Borges, en su poema «La Luna», considera inútiles y vanas las imágenes con que los poetas de todos los tiempos han tratado de definir la: «indescifrable y cotidiana», el mejor modo de recordar o figurar la luna es simplemente la palabra «luna», sobriedad extrema que hubiera sido imposible pedirle a su elocuente maestro.

Tema literario y mitología íntima en Lugones, pero también signo no verbal que lo alucina; detrás de esa palabra están su pasión y su infortunio.

JUAN JOSE HERNANDEZ

Moreno, 442, 10.º I
1091 Buenos Aires
ARGENTINA